

todas las apariencias de una tarea encargada. El asesinato fué en estos días un oficio más en París.

## VI

Entre tanto que los carros destinados por el comité de vigilancia conducían los cadáveres y la sangre coagulada que había en el patio de la Abadía, treinta degolladores acechaban desde el amanecer las puertas de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, esperando la señal. La cárcel de los Carmelitas era el antiguo convento de aquéllos, inmenso edificio lleno de claustros, con una buena iglesia y rodeado de patios, jardines y terrenos sin uso. Se le había convertido en cárcel para los sacerdotes condenados á la deportación; la gendarmería y la guardia nacional le custodiaban. Los puestos se habían disminuido exprofeso desde por la mañana. Los asesinos forzaron las puertas hácia las seis de la tarde, y las cerraron en cuanto estuvieron dentro. Los que principiaron la mortandad no pertenecían al pueblo ni por su traje, ni por su lenguaje, ni por sus armas. Todos eran jóvenes bien vestidos y armados de pistolas y escopetas de caza. Cerat, joven seide de Marat y de Danton, marchaba á su cabeza. Reconociánsese en estos grupos algunas caras que habitualmente se veían en las tribunas del club de los Franciscanos. Pretores de aquellos agitadores, se les llamaba, por alusión al convento en que tenían sus sesiones, los hermanos rojos de Danton; llevaban gorro, corbata, chaleco y faja encarnados, símbolo significativo para acostumar la vista y las ideas al color de la sangre. Los directores del degüello temían que el ascendiente que tenía el clero sobre el pueblo bajo contuviese á los degolladores ante unos asesinatos que reputaba sacrílegos. En esta atención, reclutaron en las escuelas, en los sitios de disipación y en los clubs ejecutores voluntarios *superiores* á aquellos escrúpulos, y á los cuales el aborrecimiento impulsaba al asesinato de los sacerdotes. Algunos tiros disparados en los claustros y en los jardines contra varios ancianos que se paseaban en ellos, fueron la señal del degüello. De claustro en claustro, de celda en celda, de árbol en árbol, los fugitivos caían heridos ó muertos por las balas, haciendo los asesinos rodar por las escaleras ó tirando por las ventanas los cadáveres de los que sucumbían en las descargas.

Algunas hordas repugnantes de hombres andrajosos, de mujeres y de muchachos atraídos de los barrios de la miseria por el estampido de los tiros se agrupaban á las puertas. De cuándo en cuándo se abrían éstas para que saliesen algunos carros llenos de cadáveres y tirados por magníficos caballos tomados en las caballerizas del rey. Estos carros atravesaban lentamente la multitud, dejando en pos de sí un largo reguero de sangre. Sobre estas pilas ambulantes de cadáveres iban sentados mujeres y muchachos, pateando de alegría, riendo y mostrando á los que pasaban por las calles pedazos de carne humana. La sangre corría por sus vestidos, por sus caras, y hasta por el pan que iban comiendo; sus bocas lívidas aullaban la *Marsellesa*, deshonrando de este modo el cántico del heroísmo asociándolo al asesinato. El pueblo macilento que los seguía repetía en coro el estribillo de aquella canción, y bailaba alrededor de los carros como en torno de los despojos triunfales del clero y de la aristocracia vencida. El pequeño número de asesinos, la multitud de víctimas que era preciso sacrificar, lo inmenso del edifi-

cio, la extensión de los jardines, las paredes y los árboles que servían de asilo á los sacerdotes, que corrían despavoridos de un lado á otro para sustraerse á la muerte, detuvieron la ejecución. La proximidad de la noche iba á proteger con sus sombras á aquellos desgraciados. Los ejecutores formaron entónces un gran círculo, como se hace en los ojeos de las bestias feroces, alrededor del jardín, y fueron estrechándolo paso á paso, obligando á sablazos á todos los eclesiásticos á que entrasen en la iglesia, en donde los encerraron. Mientras se daba esta batida por fuera, un registro general por toda la casa hizo que se refugiasen á la misma iglesia los sacerdotes que se habían libertado en las primeras descargas. Los asesinos condujeron en sus propios brazos á los que estaban heridos y no podían andar. Encerradas ya en este recinto las víctimas, y llamadas una á una, fueron saliendo por una puerta pequeña que daba al jardín y conducía desde allí á la escalera principal, donde fueron sacrificadas.

El arzobispo de Arles, Dulau, el más anciano y el más venerable de todos estos mártires, los edificaba con su aspecto y los animaba con sus palabras. Los obispos de Beauvais y de Saintes, hermanos y de la casa de Larochehoucauld, más unidos aún por el corazón que por la sangre, se abrazaron, consolándose con morir juntos. Todos oraban agrupándose en el coro alrededor del altar. Los que eran llamados, recibían de sus hermanos el ósculo de paz y se les decían en seguida las preces de los agonizantes. El arzobispo de Arles fué llamado de los primeros. «¿Eres tú—le dijo un marselles—el que ha hecho correr la sangre de los patriotas de Arles?» «Yo —respondió el arzobispo— no he hecho mal á nadie en toda mi vida.» A estas palabras, el marselles le dió un sablazo en la cara, quedando el arzobispo impasible y en pié; en seguida le dieron otro con el cual llenaron los ojos de sangre, y al tercero cayó, sosteniéndose todavía con la mano izquierda sin proferir un gemido. El marselles le hirió entónces con su pica, rompiéndose el asta por la violencia del golpe, y pisoteó el cadáver, arrancándole acto continuo el pectoral, que mostró como un trofeo á sus compañeros.

El obispo de Beauvais estuvo abrazado al altar hasta el último momento; después marchó hácia la puerta con tanta calma y majestad como si estuviese en las santas ceremonias. Los demás sacerdotes le siguieron hasta el umbral, en donde los bendijo. El confesor del rey, Hebert, superior de los Eudistas, y uno de los que consolaron á Luis XVI en la noche del 10 de Agosto, fué inmolado en seguida. A cada instante se diezmaba á los que se habían acogido al coro, y en toda la iglesia no había ya más que algunos sacerdotes sentados ó de rodillas en las gradas del altar. Bien pronto no quedó más que uno solo.

El obispo de Saintes, á quien habían roto una pierna en el jardín, estaba tendido sobre un colchón en una capilla de la iglesia. Los gendarmes de guardia le rodearon y le ocultaron á las miradas de los asesinos. Siendo más numerosos que éstos y estando mejor armados que ellos, pudieron haberle defendido; pero asistieron impasibles al asesinato, entregando al obispo de Saintes como habían hecho con los otros. «Yo no rehuso morir con mi hermano,—respondió el obispo cuando le llamaron,—pero tengo una pierna rota y no puedo sostenerme: ayudadme á andar, é iré con alegría al suplicio.» Dos de sus asesinos le sostuvieron pasándole los brazos alrededor del cuerpo, y cayó dándole las gracias. Este fué el último. Eran las ocho de la noche, y la carnicería había durado cuatro horas.



Los carros transportaron ciento noventa cadáveres. Los asesinos se dispersaron y se fueron á las otras cárceles. La sed de sangre no se sacia jamás.

Esta corría ya en las nueve cárceles de París. La de la Fuerza contenía, después de la Abadía, los presos más señalados al odio del pueblo. Habían puesto allí los hombres y las mujeres de la corte presos el 10 de Agosto. A la misma hora que Maillard constituía su tribunal en la Abadía, dos miembros del consejo del ayuntamiento, Hebert y Lhuillier, se erigieron por sí mismos en jueces soberanos de los calabozos de la Fuerza. Allí se vieron las mismas señales de premeditación del atentado, la misma invasión de una horda de sesenta ejecutores, la misma disciplina en los asesinatos, las mismas formas en los interrogatorios y en el juicio, el mismo cuidado de lavar la sangre, los mismos carros para apilar los cuerpos, las mismas mutilaciones de cadáveres, los mismos juegos con las cabezas cortadas, la misma indiferencia feroz de los verdugos, que comieron, bebieron y bailaron sobre los miembros de las víctimas; las mismas hachas de viento para alumbrarse de noche, las mismas saturnales reverberándose en los charcos de sangre, y finalmente, la misma impasibilidad en la fuerza pública, que asistía y toleraba los degüellos.

Ciento sesenta cabezas rodaron en dos días al filo de los sables y cayeron á los piés de los asesinos. Hebert y Lhuillier salvaron diez víctimas, entre ellas algunas mujeres de la servidumbre de la reina. ¿A qué precio pagaron su libertad? Nadie lo vió en las manos de los jueces, pero el hacha que se descargaba sin piedad sobre las más pobres y oscuras, libertó á las más ilustres y ricas. Se negoció la sangre gota á gota, y se hizo pagar la compasión.

## VII

Una sola de estas víctimas, rescatada en la intención de los jueces, no pudo escapar del suplicio. Hebert y Lhuillier quisieron salvarla, pero un grito la perdió, y cayó entre el tribunal y la calle. Esta víctima fué la princesa de Lamballe. Esta jóven, viuda del hijo del duque de Penthièvre, era una princesa de Saboya Carignan. Su belleza y los encantos de su alma le habían adquirido la amistad apasionada de la reina. El casto afecto de madama de Lamballe había respondido á las odiosas imputaciones del pueblo con un heroico sacrificio por su infortunada amiga. Cuanto más desgraciada era la reina, tanto más se unía á ella la princesa, poniendo todo su placer en tomar parte en sus desgracias. Petion le había concedido que siguiese á su real amiga al Temple; pero el ayuntamiento, más implacable, la había arrancado de los brazos de la reina, encerrándola en la Fuerza. El padre político de madama Lamballe, que era el duque de Penthièvre, la adoraba como si fuese su propia hija.

El duque de Penthièvre vivía retirado en el castillo de Bizy, en Normandía. El amor del pueblo protegía allí su ancianidad. Sabía la prision de su hija y los peligros que amenazaban á las cárceles, y vigilaba de léjos por sus días. Un comisionado secreto de su casa, provisto con una suma de cien mil escudos, fué por órden del príncipe á París, y había sobornado á uno de los principales agentes de la municipalidad, comprando de este hombre la libertad de la princesa de Lamballe. Otros agentes inferiores, domésticos ó familiares de la casa de Penthièvre,

se habían esparcido por París, encargados por el duque de contraer amistad con los hombres peligrosos que vagaban en torno de las cárceles, de insinuarse en su confianza y de espiar el crimen y prevenirlo, tentando la codicia de los asesinos. Todas estas medidas, cuyo centro estaba en el palacio de Tolosa, perteneciente al duque, habían surtido efecto. En el ayuntamiento, como entre los jueces y los ejecutores, se vigilaba sobre la suerte de la princesa.

Esta compareció de las últimas ante el tribunal, habiendo dejado pasar hasta llamarla el día y la noche del 2 de Setiembre, como para dar al pueblo tiempo de saciarse ántes de quitarle esta presa. Encerrada sola con madama de Navarre, camarera suya, en un cuarto alto de la cárcel, oía desde allí hacia cuarenta horas el tumulto del pueblo, los golpes de los asesinos y los gemidos de los moribundos. Algunas voces que pronunciaban su nombre llegaban también á sus oídos. Estaba enferma, acostada en su cama, pasando de las convulsiones del terror al abatimiento del sueño; despertábase sobresaltada por sueños ménos atroces que los golpes de los asesinatos que resonaban bajo su ventana, y se desmayaba á cada instante. A las cuatro de la tarde, dos guardias nacionales entraron en el cuarto de la princesa, ordenándole con una aspereza fingida que se levantara y los siguiese á la Abadía. No pudiendo apenas moverse, suplicó á sus defensores que la dejaran en donde estaba, siéndole lo mismo morir allí que en otra parte. Uno de estos hombres se le acercó al oído y le dijo que era necesario obedecer, y que su libertad dependía de ello. La princesa rogó entónces á los hombres que estaban en el cuarto que se retirasen, se vistió prontamente y bajó la escalera sostenida por un guardia nacional que parecía interesarse en su libertad.

Hebert y Lhuillier la esperaban. Al aspecto de aquellas figuras siniestras, de aquel aparato del crimen, de aquellos verdugos con los brazos teñidos en sangre, y que entreabrian la puerta del patio en que se oía caer las víctimas, la jóven perdió el sentido, cayendo en brazos de su camarera. Poco á poco fué volviendo en sí. Después de un breve interrogatorio, le dijeron los jueces: «Jurad amor á la igualdad y á la libertad, y aborrecimiento á los reyes y á las reinas». «Con gusto prestaré el primer juramento,—respondió;—pero en cuanto al aborrecimiento al rey y á la reina, yo no lo puedo jurar, porque mi corazón no lo permite.» Uno de los jueces se acercó á ella, y le dijo al oído: «Juradlo todo; si no jurais sois muerta». Ella bajó la cabeza y cerró los labios. «Bien, salid,—le dijeron los asistentes,—y cuando lleguéis á la calle, gritad *viva la nación!*» Uno de los jefes de los asesinos, llamado Truchon ó el Gran Nicolas, sostuvo á la princesa por un lado, y uno de sus ayudantes por otro. Así apareció en el umbral de la puerta, retrocediendo horrorizada al aspecto de aquellos montones de cadáveres mutilados, y olvidándose del grito salvador que le recomendaron profiriese, exclamó: «¡Dios mio, qué horror!» Truchon le puso la mano en la boca, y le hizo andar por cima de los cadáveres. Los degolladores, desarmados con esta aparición angélica, se detuvieron ante tanta belleza. Había atravesado ya en medio de la admiración y del silencio más de la mitad de la calle, cuando un aprendiz de peluquero nombrado Charlot, ebrio de vino y carnicería, quiso por una chanza bárbara quitar con la punta de su pica el gorro que cubría los cabellos de madama de Lamballe. La pica, mal dirigida por una mano trémula por la embriaguez, hirió en la frente á la princesa, é hizo chorrear sangre por su frente y por su hermoso rostro.



Los degolladores, al ver aquella sangre, creen que se les devuelve la víctima, y se precipitan sobre ella. Un malvado llamado Grizon la tendió á sus piés dándole un golpe con una tranca; los sables y las picas la hieren; Charlot la agarra por los cabellos y le corta la cabeza; otros despojan el cadáver de sus vestidos, le profanan y mutilan. Durante estos sacrilegios, Charlot, Grizon, Mamin y Rodi (la historia es el eterno registro de todos los nombres infames) llevan la cabeza de la princesa de Lamballe á una taberna inmediata, pónenla sobre el mostrador entre los vasos y las botellas, y obligan á los asistentes á brindar con ellos á la muerte. Estos bebedores de sangre marchan engrosándose continuamente hasta las puertas del Temple, para consternar á María Antonieta con la vista de la cabeza livida de su amiga. Los comisionados del ayuntamiento que vigilaban el Temple con una diputacion de la Asamblea, advertidos de la proximidad de este tropel, le recibieron con atencion y súplicas; pero el tropel se limitó á pedir que se le dejase pasear la cabeza de la cómplice de la reina debajo de las ventanas de la familia real. Los comisionados consintieron, y miéntras que la multitud desfilaba por el jardín al pié de la torre habitada por los presos, el comandante del puesto invitó al rey á que se presentase al pueblo. El rey obedeció. Un comisionado más humano se interpuso entre el rey y la ventana adonde elevaban el horroroso trofeo. El rey, sin embargo, vió la cabeza y la conoció. La reina, á quien el tropel llamaba á grandes gritos, ignoraba el espectáculo que se le preparaba, y se acercó á la ventana. El rey la detuvo con sus brazos, llevándola al interior de sus aposentos. No le ocultaron sino la vista del suplicio de su amiga; aquella misma noche supo todos sus detalles, y conoció el aborrecimiento que le tenia el pueblo en el encarnizamiento que mostraba contra todo lo que ella queria.

El tropel emprendió su marcha por las calles de Paris, deteniéndose bajo las ventanas del Palacio Real, para enseñar al duque de Orleans la cabeza de su cuñada, no como una amenaza, sino como un tributo. El duque de Orleans estaba á la mesa con madama de Buffon, su nueva favorita, y algunos compañeros de sus placeres, y no se atrevió á rehusar el homenaje de un crimen ofrecido en nombre del pueblo por los asesinos. El duque se levantó, se presentó en el balcón, y contempló por un momento en silencio la cabeza sangrienta que levantaban hasta él. Madama de Buffon la vió tambien. «¡Dios mio!—exclamó juntando las manos y cayéndose hácia atras.—¡De este modo llevarán dentro de poco mi cabeza por las calles!» El duque cerró entónces la ventana, esforzándose por tranquilizar á su amiga. «¡Pobre mujer!—dijo él hablando de la princesa.—Si me hubiera creído, su cabeza no estaria donde está.»

Sus enemigos le acusaron de haber designado esta cabeza al hierro de los asesinos, y exigido que se la presentasen para saciar su venganza y satisfacer su codicia. El veía una enemiga en la amiga de la reina, y heredaba por la muerte de madama de Lamballe la cantidad que sobre los bienes del duque de Penthievre estaba señalada á la viuda de su cuñado. Estas imputaciones desaparecen completamente ante la fria razon de la verdad. La vida de esta mujer era indiferente á su ambicion; su muerte no añadía nada á su fortuna. En la época del asesinato, el duque y la duquesa de Orleans tenían separacion de bienes judicialmente. La viudedad de madama de Lamballe no gravaba á los bienes futuros de la duquesa de Orleans sino en una renta de treinta mil francos al año. Esta cantidad era asaz

insignificante para obligar al duque á pagar un asesinato, y no producía ventaja al asesino. Se atribuyeron al duque de Orleans los crímenes cuya causa no sabía hallarse, consecuencia triste del mal concepto en que todo el mundo tenía á aquel príncipe. Conocióse muchas veces su mano en los extravíos populares, y se creyó verla tambien en aquel asesinato; pero se creyó sin razon.

En cuanto se hizo de noche, un desconocido que seguía con piadosas intenciones aquel tropel, compró de los asesinos á precio de oro la cabeza, adornada aún con su larga y hermosa cabellera. Lavóla para que desapareciesen la sangre y el lodo que manchaban sus facciones, y colocándola en una caja de plomo, se la entregó á los criados del duque de Penthievre, para que esta parte de su hermoso cuerpo recibiese al ménos sepultura en el panteon de su familia. El duque de Penthievre esperaba angustiado la confirmacion de las noticias que el rumor público traía hasta su palacio de Bizy. Al recibir estos tristes despojos, su hija, que era esposa del duque de Orleans, y sus servidores trataron, aunque en vano, de disimular su sentimiento para ocultar al anciano duque el conocimiento de este atentado; pero el príncipe leyó su desgracia en los ojos de su familia. Levantando entónces las manos al cielo, exclamó: «¡Gran Dios! ¿De qué han servido la juventud, la hermosura y todas las gracias de la mujer, si no han encontrado gracia en el pueblo? ¿Qué es el pueblo?» El duque no volvió á levantarse de su lecho de lágrimas. Las honras fúnebres se celebraron en su habitacion, toda colgada de negro. «Se me figura estar oyéndole siempre,—decía á su hija en las últimas conversaciones que tuvo con ella;—creo verla aún sentada al lado de la ventana en ese gabinete. ¿Te acuerdas, hija mia, con qué constancia trabajaba noche y dia en labores de su sexo para los pobres? He pasado muchos años con ella, y no he conocido un pensamiento en su alma que no fuese dirigido á la reina, á mí ó á los desgraciados. ¡Y este es el ángel que han hecho pedazos! ¡Ah! ¡Conozco que esta idea abre mi sepulcro!» En efecto, murió sin tener un momento de consuelo.

## VIII

El Chatelet y la Conserjería, en donde encerraban á los acusados de delitos ó crímenes civiles, y en cuyos edificios, por no ser suficientes las cárceles, habían puesto á los suizos y á los realistas, fueron visitados al otro dia por los exterminadores de la Abadía y de la Fuerza. El ayuntamiento había cuidado de extraer de allí doscientos presos por deudas ó por otros delitos insignificantes, no dejando expuestas más que á las víctimas culpables á sus ojos y sacrificadas con anticipación á los azares de esta jornada. El degüello comenzó allí en la mañana del 3 de Setiembre. El tribunal establecido para juzgar los *crímenes* del 10 de Agosto tenía sus sesiones en el palacio, á pocos pasos del lugar de la ejecucion. Los degolladores estaban impacientes, y no esperaron sus fallos, demasiado lentos. La muerte se adelantó á los juicios, y la pica juzgó en masa. Ochenta cadáveres cubrieron en pocos minutos el patio del palacio. Durante este tiempo, el tribunal juzgaba aún. El mayor Bachmann, segundo jefe de los suizos en el 10 de Agosto, fué llamado por los jueces. Los asesinos le encontraron en la escalera que conducía desde la cárcel al pretorio, y le respetaron en su calidad de víctima de la ley. En cinco minutos fué condenado á muerte, y subió á la carreta que debía conducirle al